

# La peor eleccion

adrian eloy garcia gaitan

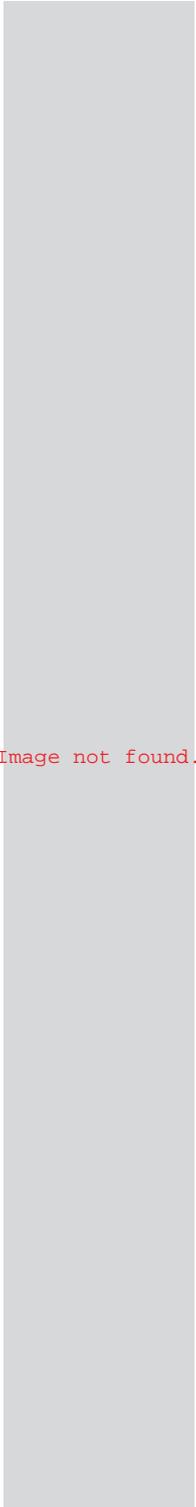


Image not found.

## Capítulo 1

La pequeña bolsa descansaba sobre una silla.

Mis hijos jugaban saltando y corriendo a su alrededor. Cuando el más pequeño extendió una mano regordeta y la tomó, mi mujer se la arrebató y depositó la bolsa sobre el mostrador de un golpe, fuera de su alcance. Los denarios que estaban dentro tintinearón al chocarse entre sí. La bolsa se abrió y algunas de las monedas salieron rodando. Pude contemplar el poco agraciado perfil de Tiberio en algunas de ellas.

Mi mujer percibió mi mirada recelosa.

-A ver, hombre, arriba el ánimo, que la pascua comienza ya. Tenemos al caer los salarios de los empleados, la cosecha este año fue pobre, el precio de la harina subió a las nubes... Hicimos bien en aceptar ese dinero. No hay carga más pesada que un bolsillo vacío. ¿Las dudas todavía te persiguen?

-Mujer, mujer -exclamé-, nuestra panadería siempre salió adelante, aun en las malas. Y este -señalé la bolsa abierta- es dinero mal habido, proviene de revoltosos, insurrectos antiimperialistas que ya han derramado sangre y lo volverán a hacer.

-No es así, tu propia hermana me ha dicho que no es así. Me ha asegurado que viene de las arcas de los santos sacerdotes. Y si esto es cierto, tarde o temprano volverá a ellos... recuerda que, como buen judío, estás obligado a pagar al Templo medio Siclo cada año.

Por todos los dioses destronados, así estaba decretado... Medio Siclo! Un Siclo equivalía a cuatro denarios de plata, como los que estaban desparramados sobre la mesa. Ya de por sí era un tributo excesivo, y eso sin tener en cuenta el porcentaje que se llevaban los buitres usureros de los recintos del Templo, como retribución por efectuar el cambio...

-Entonces -insistió- ¿Por qué no vas de una buena vez?

-Mujer, si por mí fuera, voy en paz... y que se lleve dondequiera el diablo mis recelos... Pero me pidieron que haga partícipe de este entuerto a nuestros empleados, clientes, familiares y conocidos... Y eso no, no me gusta para nada. Mira si terminamos cometiendo una injusticia contra un inocente...

-¿Inocente, dices? Ay, esposo, tu y tu cándida conciencia... ¡Delincuentes es lo que son! ¿Qué podrá reclamar tu conciencia luego? ¡Válgame la

diferencia entre un asesino, violador, ladrón o estafador!

-Bueno... Algo de razón tienes en eso.

-¡Enhorabuena, hombre! Ahora ve, ve a ganarte estos denarios. Ningún esfuerzo es poco si hemos de asegurar que nuestros hijos no pasen hambre... Desgracias con sopa se soportan mejor que desgracias sin sopa.

-Dios te oiga, mujer...

Salí de casa y marché. Marché entre varios hombres y una joven embarazada. La mujer captó en el aire el sabroso aroma de mis panes calientes recién hechos y una expresión de felicidad asomó a su rostro.

-Mmm... que delicia –exclamó-, de regreso nos detendremos aquí. ¿Están de acuerdo?

Sonreí por dentro y aceleré el paso por las desparejas calles, esquivando pozos y transeúntes. Mi sandalia diestra cayó dentro de un charco, y comenzó a rechinar a cada paso.

Un grupo de niños se interpuso en mi camino y un racimo de pequeñas manos me acorralaron implorando dádivas que jamás llegarían.

-Lo siento, no tengo un céntimo –me lamenté y los evadí como pude.

Al llegar a casa de mi hermana, me la encontré atisbando por una ventana.

-Hermano, apura, hace un buen rato que mi marido partió con... con nuestra gente... Ya deben estar todos allá.

Arribé a mi destino al fin, intentando recuperar el aire perdido en la agitada marcha.

Las personas se habían apiñado al ir llegando y un muro de gente no me dejaba ver con claridad.

De repente se hizo un hueco y pude vislumbrar a nuestro 'Praefectus' entre dos pobres tipos que nunca había visto en mi vida, de aspecto apesadumbrado y expresión afligida. Había llegado justo a tiempo.

El Praefectus elevó su voz por sobre la multitud y preguntó:

-¿Entonces, a cuál de los dos queréis?

La respuesta fue un silencio general. Algunos se miraban entre sí y otros simplemente bajaron su mirada al suelo. El tiempo se detuvo.

Aparentemente, nadie iba a dar el primer paso.

Finalmente tomé valor, y grité, grité con todas mis fuerzas, antes que nadie y a pleno pulmón.

Y tras de mí, el pueblo entero me secundó:

“¡Libera a Barrabás! ¡A Barrabás! ¡¡¡A Barrabás!!!”